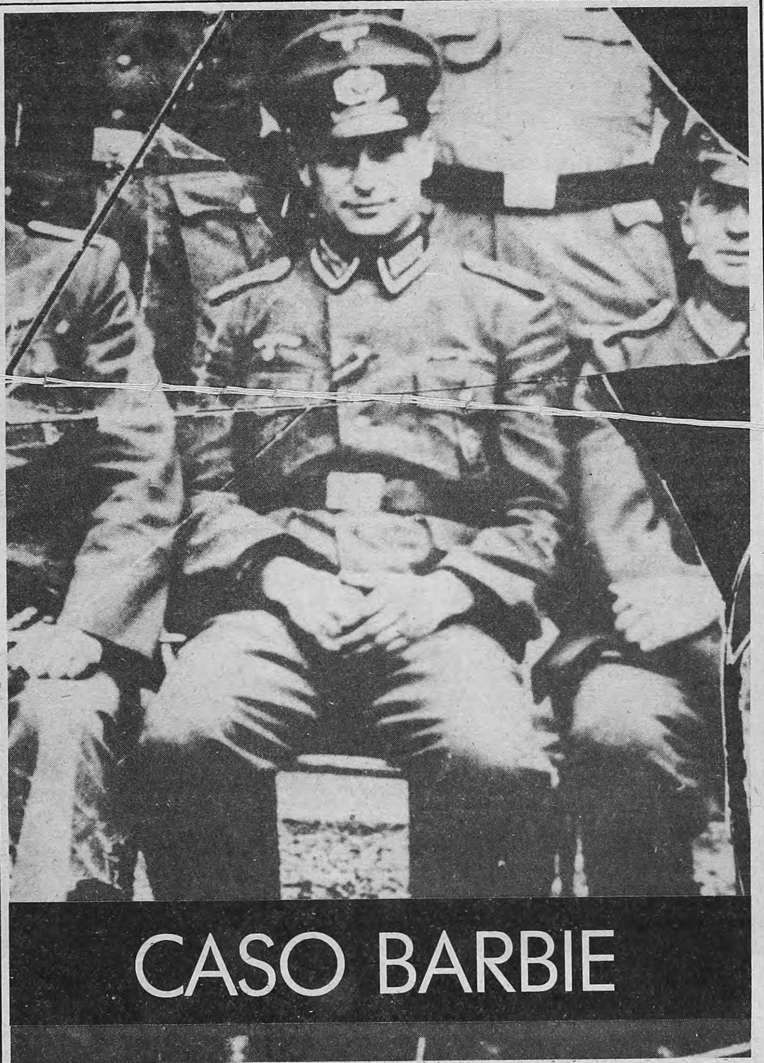
INFORMATICA: ¿La organizática de dáticos? (Página 4)



CASO BARBIE

No sólo Klaus Barbie afronta un tribunal para responder por los crímenes de guerra cometidos hace más de cuatro décadas en Francia. Muchos franceses creen que, en realidad, son el "orgullo y el honor nacional" los que están siendo juzgados. Para los viejos militantes de la Resistencia y los antiguos agentes colaboracionistas, para los sobrevivientes de los campos de concentración, e inclusive para la nueva generación, demasiado joven para recordar la Francia de Vichy, más que un juicio, es un problema de conciencia nacional y memoria colectiva.

CUANDO LA MEMORIA NO FALLA

(Parte de la información de esta nota fue extractada de un largo trabajo de ***Francine Du Plessix Grey*** *en la revista VANITY FAIR, octubre-noviembre 1983)*

Klaus Barbie tenía 29 años en 1942 cuando se hizo cargo, con plenos poderes, de la delegación de la Gestapo en Lyon. En su legajo figuraba cierto conocimiento del francés y bastante odio contra los franceses, porque el padre de Barbie murió por heridas recibidas en la Primera Guerra Mundial. Mucho después, como teniente durante la ocupación nazi de Holanda en 1940, Barbie colaboró decisivamente en el arresto de unos trescientos judíos holandeses, que posteriormente murieron en el campo de concentración de Mauthausen (Austria). En 1942, promovido a capitán y enviado a Lyon, era el símbolo mismo de una Gestapo eficaz.

Las circunstancias de Francia ocupada hicieron necesario ese nombramiento. Tras la derrota en junio de 1940, el país había quedado dividido en dos mitades geográficas. La zona norte, más un ancho rectángulo prolongado hasta la frontera franco-española, tenía la directa supervisión alemana desde París. La otra mitad fue la Francia de Vichy, porque en esta pequeña ciudad instaló su gobierno el mariscal Philippe Pétain, que en ese momento tenía 84 años y la intención declarada de reencauzar al país por un nuevo camino de orden y progreso. Obviamente su voluntad de formar un gobierno francés con supervisión alemana fue vista por muchos como una traición y una entrega, pero Hitler quedó satisfecho con esa fórmula política, que simplificaba la difícil tarea de gobernar un país derrotado. A diferencia del caso francés, Holanda, Dinamarca o Bélgica estuvieron bajo la directa supervisión nazi. Y aunque Pétain se vio enfrentado a innumerables problemas con los alemanes y con los franceses, con los colaboradores y con los resistentes, la Francia de Vichy mantuvo cierto grado de autonomía política durante más de dos años.

La situación tomó un giro dramático en noviembre de 1942, cuando las fuerzas aliadas desembarcaron en Argelia y Marruecos, al norte de Africa. Fue entonces que el almirante Jean-François Darlan, hasta ese momento un cercano colaborador de Pétain, se vio obligado a firmar un armisticio con los aliados. Después Darlan fue muerto en un atentado (diciembre 1942) y con su desaparición la Historia perdió sus explicaciones al respecto. Pero Hitler no podía vacilar, porque tras el avance en Africa, los aliados podían atacar a Europa desde el sur, en una costa gobernada por Vichy. La orden inmediata fue mantener las aparentes estructuras civiles bajo Pétain, pero con la estrecha supervisión militar alemana. Una de las consecuencias de esta orden fue designar a Barbie en Lyon, con una delegación de la Gestapo que, numéricamente, sólo era superada por la de París.

La Resistencia registró un significativo crecimiento entre 1940 y 1942. Este movimiento clandestino se había inaugurado con el llamamiento que el general Charles De Gaulle hizo desde Londres, proponiendo una "Francia libre" y creando de hecho una actividad inorgánica y dispersa, con facciones que se desconocían o se recelaban, sumado al constante temor de que allí se infiltraran agentes enemigos. La Resistencia creció con el aporte comunista cuando los nazis invadieron Rusia (junio 1941), terminando de pronto con la ambigüedad política originada en agosto de 1939 por el controvertido pacto nazi-soviético. Volvió a crecer con el apoyo indirecto que supuso la entrada de Estados Unidos en la guerra (diciembre 1941) y con la designación de Jean Moulin como delegado personal del general De Gaulle, a comienzos de 1942, para unificar y coordinar al movimiento clandestino.

Moulin (nacido en 1899) vivía en Chartres cuando se produjo la derrota francesa en junio de 1940. Era prefecto y en cierto momento quiso imponer su autoridad cuando protestó ante las autoridades alemanas por la muerte injustificada de una mujer en su distrito. Fue llevado a la cárcel y estuvo al borde de la ejecución. Pero quedó en libertad, huyó a Londres en 1941 y se puso a las órdenes del general De Gaulle. Terminaría por ser el único de los noventa prefectos del país que se unió a los Franceses Libres. Había llegado hasta De Gaulle con sus credenciales, divididas en ocho fragmentos que disimuló en su equipaje, y así conquistó la confianza del líder exiliado, con la misión de unificar en Francia a resistentes de muy variadas convicciones políticas. En poco tiempo programó una Resistencia más orgánica, más poderosa y más cautelosa, que fuera eficaz en el sabotaje antinazi y en el apoyo a eventuales aviadores ingleses y norteamericanos. Pero eso derivó también a que desde su desembarco clandestino en Francia, a comienzos de 1942, Moulin fuera la presa más buscada. Cuando finalmente Barbie lo capturó (junio 1943), no sólo tuvo un éxito personal sino que ejemplificó claramente los procedimientos que posteriormente se convirtieron en sistema. Esos métodos terminaron por ser importantes en el ruidoso juicio que se inició en mayo pasado.

La difícil resistencia

Barbie no había sabido con anticipación que su presa más codiciada se llamaba Jean Moulin. Sabía que existía un jefe de un movimiento disperso, globalmente llamado el "Maquis" (nombre francés que designa a un arbusto), pero internamente marcado por una gran variedad política, desde algunos franceses monárquicos a otros comunistas y trotskistas, sin olvidar a refugiados españoles, polacos, belgas, holandeses, daneses, que vivían clandestinamente en Francia. Tras su viaje inicial a Francia en 1942, Moulin consiguió volver a Londres, informar a De Gaulle (febrero 1943) y regresar otra vez a Francia, esta vez lanzado en paracaí-

CUANDO LA MEMORIA NO FALLA

Jean Moulin, el prefecto de Policía que se convirtió en líder de la Resistencia y en la presa más codiciada por Klaus Barbie.

das (abril 1943), con toda su autoridad ratificada. Sus dificultades eran enormes. Tenía enfrente a Vichy y a la Gestapo, pero también a líderes que objetaban su autoridad y a posibles traidores infiltrados en sus filas. En un movimiento clandestino era harto difícil diferenciar a adherentes de buena o de mala fe.

Ese fue un dato que Barbie supo aprovechar desde un comienzo. Según crónicas posteriores, una de sus tácticas eficaces consistió en arrestar a un sospechoso, tratarlo espléndidamente con bebidas, cigarrillos, una celda confortable, y liberarlo después sin el menor trazo de torturas. El liberado se hacía sospechoso ante sus compañeros, porque alguna explicación debía haber sobre su cómodo período de cárcel. Lo probable era así que ese hombre, recelado por sus camaradas, aislado de informaciones confidenciales, temeroso de una venganza, se convirtiera en delator. Así Barbie podía transformar a un hombre débil en un traidor. En unas pocas semanas de 1942-1943, el jefe nazi obtuvo quizás un centenar de informantes franceses. Mucho después, cuando comenzó su juicio en mayo de 1987, Barbie y su abogado Jacques Vergès pudieron aducir, con fundamento, que si lo hacían hablar ante el tribunal, pensaba proporcionar una lista de franceses que fueron colaboracionistas de su servicio.

Aunque el mando clandestino de Moulin se extendía a toda Francia, la importancia de Lyon debió ser considerada clave por ambos bandos.

Era y es la segunda ciudad después de París. Concentra un nudo ferroviario que tiene comunicaciones en toda la geografía nacional. Era también una ciudad abundante en talleres de imprenta, donde llegaron a hacerse periódicos clandestinos de la Resistencia, como *Franc Tireur* (mayormente trotskista), *Combat* (católico y derechista), *Libération* (monárquico pero ocasionalmente pro-comunista). En junio de 1943 Moulin recibió la mala noticia de que su mano derecha, el general Delestraint, había sido arrestado en París, aparentemente por la delación de otro ex resistente que fue convencido o torturado por la Gestapo. Pocos días después Moulin se vio obligado a concurrir a Lyon, para una reunión de alto nivel, en la que se reestructuraría la cadena de mandos. A ese acto concurrió imprevistamente René Hardy, un resistente que había sido apresado y liberado por Barbie en las semanas previas. También concurrió imprevistamente la policía nazi, que detuvo a Moulin y otros siete hombres, pero dejó libre a Hardy. Desde entonces hasta hoy se sospechó que Hardy había entregado a Moulin, pero dos juicios sucesivos y algunas pruebas contradictorias derivaron en que Hardy fuese liberado.

A Moulin le fue mucho peor. Fue horriblemente torturado por Barbie y existe la certeza de que no reveló secreto alguno. El futuro ministro Christian Pineau llegó a acompañarlo en algunos momentos de su cautiverio, sin saber siquiera que ese hombre era Moulin. Cuando éste fue transferido a una prisión en París, la propia Gestapo se molestó con Barbie, porque convirtió al cuerpo del detenido en una piltrafa, sin haberle arrancado ninguna información valiosa. Uno de sus superiores lo amonestó: "Confío, por su propio bien, que este hombre se recupere". Ni la Gestapo en París ni el propio Himmler en Berlín supieron oportunamente que habían capturado al jefe de la Resistencia francesa. El inmediato envío de Moulin a Berlín no les significó ningún progreso, porque Moulin falleció durante el viaje. A los dieciocho días de su captura, el cuerpo de Moulin fue devuelto a París e incinerado en el cementerio de Pére-Lachaise. Sus cenizas fueron transportadas a otros sitios, pero en 1964 llegaron al Panteón de los Héroes, con el correspondiente discurso de homenaje a cargo del escritor y ministro André Malraux.

Barbie había conseguido la mayor de sus capturas y le había extraído muy poco provecho. Pero el episodio de Moulin sirvió para una triste comprobación histórica. Demasiados franceses colaboraron con los nazis durante la ocupación, fenómeno que no tuvo paralelo con lo ocurrido en otros países invadidos durante la Segunda Guerra Mundial.

Peripecias de un criminal

Los métodos de trabajo seguidos por Klaus Barbie como "carnicero de Lyon" fueron tan sutiles y feroces como los mostrados por muchos villanos del cine antinazi (George Sanders sería un buen ejemplo). Podía recibir a sus víctimas con una sonrisa y acariciando un gatito gris, como lo contó Simone Kadousche, que tenía trece años el día de su detención en 1944. Después pasaba del suave interrogatorio a los golpes más brutales, para que Simone y su madre, también detenida, informaran el paradero de los varones de la familia, que eran dos hermanos fugitivos. De los golpes pasó a otras formas de humillación y tortura, hasta que madre e hija fueron enviadas a Auschwitz, donde solamente Simone pudo sobrevivir a varios meses de penurias. Cuatro décadas después, en mayo de 1987, esa mujer se preparaba para oficiar como testigo de cargo contra Barbie en el juicio de Lyon. Era sólo una persona entre los centenares de testigos sobrevivientes y su caso era solamente uno entre los siete mil judíos franceses enviados por los nazis a Auschwitz.

"El barro francés nunca fue bastante revuelto. Este es un país que se está sumergiendo y muriendo en un barro sin revolver"



Los golpes fueron la parte menor de las torturas, que llegaron a incluir pies quemados con hierros candentes y otras truculencias medievales. Fueron además el prólogo a los experimentos que en Auschwitz realizaba el médico Josef Mengele, inyectando petróleo y diversos elementos químicos en el cuerpo humano, con macabros propósitos de investigación científica. En 1983, cuando Barbie fue devuelto a Francia para su histórico proceso, algunos hombres indignados desearon matarlo ya en el aeropuerto (riesgo que fue evitado con un secreto cambio de ruta), pero otros propusieron un castigo más sutil. Querían que en la frente le tatuaran de manera indeleble las palabras "Yo soy Klaus Barbie" y que después lo dejaran en libertad.

Barbie escapó de Lyon en agosto de 1944, antes que llegaran las tropas norteamericanas.

Su pista se perdió hasta 1947, cuando apareció internado en un campamento militar norteamericano, cerca de Frankfurt, para el rutinario interrogatorio sobre sus antecedentes. Lo que siguió fue grotesco. En 1947 la Guerra Fría era una realidad política y Churchill había pronunciado ya su famoso discurso sobre la Cortina de Hierro que dividía a Europa. Fue así como el Cuerpo de Contrainteligencia norteamericano, o CIC, resolvió utilizar a Barbie como informante para detectar agentes soviéticos. Lo conservó en una casa de Augsburg y le asignó un sueldo equivalente a 1.700 dólares. Durante tres años el gobierno francés presionó a Estados Unidos para obtener a Barbie y comenzar su juicio, pero el CIC aseguró desconocer su paradero y se negó a averiguarlo, invocando motivos de "defensa nacional de los Estados Unidos". En 1951 el Departamento de Estado negó oficialmente a Henri Bonnet, embajador fran-

CUANDO LA MEMORIA NO FALLA



Jean Moulin, el prefecto de Policía que se convirtió en líder de la Resistencia y en la presa más codiciada por Klaus Barbie.

das (abril 1943), con toda su autoridad ratificada. Sus dificultades eran enormes. Tenía enfrente a Vichy y a la Gestapo, pero también a líderes que objetaban su autoridad y a posibles traidores infiltrados en sus filas. En un movimiento clandestino era harto difícil diferenciar a adherentes de buena o de mala fe.

Ese fue un dato que Barbie supo aprovechar desde un comienzo. Según crónicas posteriores, una de sus tácticas eficaces consistió en arrestar a un sospechoso, tratarlo espléndidamente con bebidas, cigarrillos, una celda confortable, y liberarlo después sin el menor trazo de torturas. El liberado se hacía sospechoso ante sus compañeros, porque alguna explicación debía haber sobre su cómodo período de cárcel. Lo probable era así que ese hombre, recelado por sus camaradas, aislado de informaciones confidenciales, temeroso de una venganza, se convirtiera en delator. Así Barbie podía transformar a un hombre débil en un traidor. En unas pocas semanas de 1942-1943, el jefe nazi obtuvo quizás un centenar de informantes franceses. Mucho después, cuando comenzó su juicio en mayo de 1987, Barbie y su abogado Jacques Vergès pudieron aducir, con fundamento, que si lo hacían hablar ante el tribunal, pensaba proporcionar una lista de franceses que fueron colaboracionistas de su servicio.

Aunque el mando clandestino de Moulin se extendía a toda Francia, la importancia de Lyon debió ser considerada clave por ambos bandos.

Era y es la segunda ciudad después de París. Concentra un nudo ferroviario que tiene comunicaciones en toda la geografía nacional. Era también una ciudad abundante en talleres de imprenta, donde llegaron a hacerse periódicos clandestinos de la Resistencia, como *Franc Tireur* (mayormente trotskista), *Combat* (católico y derechista), *Libération* (monárquico pero ocasionalmente pro-comunista). En junio de 1943 Moulin recibió la mala noticia de que su mano derecha, el general Delestraint, había sido arrestado en París, aparentemente por la delación de otro ex resistente que fue convencido o torturado por la Gestapo. Pocos días después Moulin se vio obligado a concurrir a Lyon, para una reunión de alto nivel, en la que se reestructuraría la cadena de mandos. A ese acto concurrió imprevistamente René Hardy, un resistente que había sido apresado y liberado por Barbie en las semanas previas. También concurrió imprevistamente la policía nazi, que detuvo a Moulin y otros siete hombres, pero dejó libre a Hardy. Desde entonces hasta hoy se sospechó que Hardy había entregado a Moulin, pero dos juicios sucesivos y algunas pruebas contradictorias derivaron en que Hardy fuese liberado.

A Moulin le fue mucho peor. Fue horriblemente torturado por Barbie y existe la certeza de que no reveló secreto alguno. El futuro ministro Christian Pineau llegó a acompañarlo en algunos momentos de su cautiverio, sin saber siquiera que ese hombre era Moulin. Cuando éste fue transferido a una prisión en París, la propia Gestapo se molestó con Barbie, porque convirtió al cuerpo del detenido en una piltrafa, sin haberle arrancado ninguna información valiosa. Uno de sus superiores lo amonestó: ''Confío, por su propio bien, que este hombre se recupere''. Ni la Gestapo en París ni el propio Himmler en Berlín supieron oportunamente que habían capturado al jefe de la Resistencia francesa. El inmediato envío de Moulin a Berlín no les significó ningún progreso, porque Moulin falleció durante el viaje. A los dieciocho días de su captura, el cuerpo de Moulin fue devuelto a París e incinerado en el cementerio de Pére-Lachaise. Sus cenizas fueron transportadas a otros sitios, pero en 1964 llegaron al Panteón de los Héroes, con el correspondiente discurso de homenaje a cargo del escritor y ministro André Malraux.

Barbie había conseguido la mayor de sus capturas y le había extraído muy poco provecho. Pero el episodio de Moulin sirvió para una triste comprobación histórica. Demasiados franceses colaboraron con los nazis durante la ocupación, fenómeno que no tuvo paralelo con lo ocurrido en otros países invadidos durante la Segunda Guerra Mundial.

Peripecias de un criminal

Los métodos de trabajo seguidos por Klaus Barbie como ''carnicero de Lyon'' fueron tan sutiles y feroces como los mostrados por muchos villanos del cine antinazi (George Sanders sería un buen ejemplo). Podía recibir a sus víctimas con una sonrisa y acariciando un gatito gris, como lo contó Simone Kadousche, que tenía trece años el día de su detención en 1944. Después pasaba del suave interrogatorio a los golpes más brutales, para que Simone y su madre, también detenida, informaran el paradero de los varones de la familia, que eran dos hermanos fugitivos. De los golpes pasó a otras formas de humillación y tortura, hasta que madre e hija fueron enviadas a Auschwitz, donde solamente Simone pudo sobrevivir a varios meses de penurias. Cuatro décadas después, en mayo de 1987, esa mujer se preparaba para oficiar como testigo de cargo contra Barbie en el juicio de Lyon. Era sólo una persona entre los centenares de testigos sobrevivientes y su caso era solamente uno entre los siete mil judíos franceses enviados por los nazis a Auschwitz.

"El barro francés nunca fue bastante revuelto. Este es un país que se está sumergiendo y muriendo en un barro sin revolver"



Los golpes fueron la parte menor de las torturas, que llegaron a incluir pies quemados con hierros candentes y otras truculencias medievales. Fueron además el prólogo a los experimentos que en Auschwitz realizaba el médico Josef Mengele, inyectando petróleo y diversos elementos químicos en el cuerpo humano, con macabros propósitos de investigación científica. En 1983, cuando Barbie fue devuelto a Francia para su histórico proceso, algunos hombres indignados desearon matarlo ya en el aeropuerto (riesgo que fue evitado con un secreto cambio de ruta), pero otros propusieron un castigo más sutil. Querían que en la frente le tatuaran de manera indeleble las palabras ''Yo soy Klaus Barbie'' y que después lo dejaran en libertad.

Barbie escapó de Lyon en agosto de 1944, antes que llegaran las tropas norteamericanas.

Su pista se perdió hasta 1947, cuando apareció internado en un campamento militar norteamericano, cerca de Frankfurt, para el rutinario interrogatorio sobre sus antecedentes. Lo que siguió fue grotesco. En 1947 la Guerra Fría era una realidad política y Churchill había pronunciado ya su famoso discurso sobre la Cortina de Hierro que dividía a Europa. Fue así como el Cuerpo de Contrainteligencia norteamericano, o CIC, resolvió utilizar a Barbie como informante para detectar agentes soviéticos. Lo conservó en una casa de Augsburg y le asignó un sueldo equivalente a 1.700 dólares. Durante tres años el gobierno francés presionó a Estados Unidos para obtener a Barbie y comenzar su juicio, pero el CIC aseguró desconocer su paradero y se negó a averiguarlo, invocando motivos de ''defensa nacional de los Estados Unidos''. En 1951 el Departamento de Estado negó oficialmente a Henri Bonnet, embajador francés en Washington, poseer dato alguno sobre Barbie. Pero entretanto, el CIC u otro organismo similar consiguió para el alemán una documentación falsa a nombre de Klaus Altman, llevándolo después a través de Austria e Italia hasta el puerto de Génova. Allí el nuevo Altman fue embarcado a América con el apoyo del Vaticano, gestión entonces frecuente que fuera documentada después por el coronel James Milano, del mismo CIC. En 1952 y 1954 los tribunales franceses condenaron a Barbie ''in absentia''.

En Bolivia y durante veinte años Barbie se ocupó de aserraderos, de armamento y de cocaína. También fue asesor de seguridad del general Hugo Banzer, un político de derecha que dio su propio golpe de Estado y en 1971 llegó a presidente. En 1972 su destino cambió por la gestión de Serge Klarsfeld (judío francés) y su esposa Beate Künzel Klarsfeld (alemana pero no judía), un matrimonio empeñado durante años en ajustar cuentas con el Holocausto y sus autores. Tras un estudio de fotografías y otros datos, los Klarsfeld identificaron a Barbie en el presunto Altman, pero el viaje de Beate a Perú y Bolivia, que causó mucha agitación política, no rindió un resultado inmediato. Después Barbie se jactó de su impunidad, pero cuando Hernán Siles Zuazo subió a la presidencia boliviana (noviembre 1982) terminó por concederse su extradición a Francia. Tras la detención en La Paz y una escala en la Guayana francesa, Barbie fue remitido a Europa en febrero de 1983.

A esa altura la legislación francesa daba como prescriptos algunos delitos suyos, por haber transcurrido más de veinte años. Sólo se podía juzgar a Barbie por ''crímenes contra la humanidad''. Aun con esas limitaciones, la suya fue la más importante captura en el ramo, desde que los israelíes consiguieron secuestrar a Adolf Eichmann en 1960 en la Argentina. Aunque entonces se creyó que 1984 sería ''el año de la justicia anunciada'', a la justicia francesa le llevó cuatro años la instrucción del proceso que comenzaría en mayo de 1987.

Una culpa casi nacional

La palabra ''colaboración'', en su acepción más política y francesa, fue utilizada inicialmente por el mariscal Philippe Pétain en un brevísimo discurso durante su única reunión con Hitler (en Montoire, octubre 1940). Durante los cuatro años siguientes, Pétain y Pierre Laval, que fue de varias maneras su segundo hombre, crearon un gobierno que mantuvo cierto margen de autonomía en una mitad del territorio nacional, pero ambos ayudaron también a que la zona norte del país, directamente supervisada por los nazis, conservara cuadros administrativos a cargo de franceses. En uno y otro caso, quienes se prestaron a integrar los cuadros superiores eran ''colaboracionistas'', dispuestos a entenderse con el conquistador alemán para rehacer y estabilizar la sociedad francesa. Su postulado básico de 1940 era que la superioridad militar alemana conducía a un inevitable Nuevo Orden y que el único futuro francés sería el de acomodarse a esas circunstancias.

Tal convicción llevó a que los propios franceses idearan y aplicaran, a menudo con curioso entusiasmo, las medidas sociales que los nazis querían. El 22 de julio de 1940 un primer decreto francés privó de la ciudadanía nacional a todo judío nacido en el exterior (y esto suponía una multitud, si se recuerda que allí se refugiaban personas ya perseguidas por el nazismo, en otros países desde 1933). En otros decretos de agosto 16, setiembre 10 y octubre 3 se prohibió que los judíos franceses pudieran ejercer la enseñanza, el periodismo o la medicina. En octubre un nuevo decreto autorizó a todos los prefectos del país para que arrestaran e internaran a los judíos extranjeros. A fines de 1940 ya existía un Comisariato para la Cuestión Judía, dirigido por franceses. En setiembre de 1941 se inauguró la exposición *Le juif et la France*, encaminada a crear una ''conciencia pública'' sobre la perversidad natural de todo judío, desde el político Leon Blum hasta el filósofo Henri Bergson y hasta el más pequeño comerciante. En julio de 1942, tras un censo en el que se confeccionaron listas con 27.388 nombres judíos, la policía francesa se dividió en 888 comandos y capturó a unas quince mil personas, retenidas en el ''Velodrome d'Hiver'' y luego enviadas a campos de concentración en Alemania. En esa célebre operación quedaron retenidos 4.051 niños menores de doce años, que después fueron enviados separadamente a hornos crematorios en Alemania. Al detallar años después esas cifras, el historiador Claude Levy agrega que tras la Liberación de 1944 se revisaron las carpetas del Comisariato para la Cuestión Judía. Allí estaban archivadas 137 denuncias firmadas por ciudadanos franceses contra familias judías de su conocimiento.

A esas medidas oficiales francesas hay que sumar aún la obligación de que todo ciudadano judío llevara en su pecho la estrella amarilla de seis puntas, que sus negocios fueran identificados con el letrero ''Comercio judío'' y que de las librerías se eliminara todo libro escrito por un autor judío, cualesquiera fueran su tema y su fecha. Detrás de esas medidas oficiales existió un afanoso juego de intereses, al alcance de todo francés y de toda francesa. Denunciar que un vecino era judío, o insinuarlo como posible integrante de la Resistencia, pasó a ser la forma práctica de librarse de un competidor comercial, de no pagar ya ningún alquiler al propietario judío o de apoderarse de empresas, Bancos, casas y joyas. Este punto fue después tema central en *Mr. Klein*, una notable película de 1976 (escrita por el italiano Franco Solinas, dirigida por el norteamericano Joseph Losey). Los judíos no volverían del campo de concentración a reclamar sus bienes.

Cuando llegó la Liberación, en 1944, muchos colaboracionistas notorios fueron fusilados y muchas mujeres fueron rapadas y exhibidas en las calles, como humillación a quienes habían sido amantes de militares alemanes. En 1944 toda la conducta colectiva de los cuatro años previos fue tema de ardientes polémicas, sin perjuicio de generar a su vez otras delaciones, ahora contra quienes habían sido pro nazis. Desde entonces, una docena de libros ilustró reiteradamente la crisis moral y política de aquel período. En un nivel superficial, el colaboracionismo pudo expresarse con nombres propios que identificaban a políticos y altos funcionarios, como Pétain, Laval, Fernand de Brinon, Jean Darlan, Marcel Deat, Jacques Doriot, Jean Leguay, René Bousquet, separados a su vez por conflictos internos. Varios de ellos se refugiaron en 1944 en el castillo alemán de Sigmaringen, pero fueron apresados, juzgados y condenados. Aunque Laval terminó fusilado (octubre 1945), Pétain recibió la gracia de que redujeran su condena a prisión perpetua. Murió en 1951, a los 95 años. Al lado de los políticos, el colaboracionismo se expresa también con una larga nómina de escritores y periodistas, necesariamente encabezada por Louis Ferdinand Céline, Pierre Drieu-la-Rochelle, Robert Brasillach, Jean Luchaire, Ramón Fernández, Alphonse de Chateaubriant, que escribieron con abundancia sus ideas nazis y antisemitas. Se expresa con artistas del teatro y del cine, como Maurice Chevalier, Sacha Guitry, Jean Cocteau, Robert Le Vigan, y aunque muchos de esos y otros artistas adujeron después que sólo intentaron sobrevivir en el Nuevo Orden, parece claro que eso no les obligaba a confraternizar abiertamente con los nazis (recepciones en la embajada alemana, funciones de gala en la Opera) ni a tener como amantes a oficiales de las fuerzas ocupantes, como fue comprobado en los historiales de la modista Coco Chanel y de las actrices Arletty y Corinne Luchaire.

En otro nivel más profundo, el colaboracionismo atravesó muchas capas de la sociedad francesa. En mayo 1987, cuando tras larga demora comenzó el juicio a Barbie, los cargos suponían un inventario de tortura, humillación y deportación (a las cámaras de gas) contra franceses resistentes y en especial contra judíos. Esos crímenes suman miles de víctimas, incluyendo también miles de niños cuyo único delito era haber nacido en una familia judía. La inferencia inmediata es que esos miles de víctimas debieron ser previamente denunciados a los nazis por otros franceses, resueltos a cumplir, por convicción o por interés, con lo que entonces creyeron su deber: señalar a los nazis que determinado individuo era judío (aunque procurara ocultarlo) o que en determinado lugar se ocultaba un judío al que se estaba buscando.

Un barro a revolver

Ese es el motivo de que el juicio a Barbie se haya extendido, aun antes de comenzar, a todos los sectores sociales y políticos de la sociedad francesa. Los cables han informado ya la vehemencia con que fueron ahora replanteados los temas del reciente colonialismo francés (en Indochina, en Argelia) y han señalado la constante represión contra los inmigrantes árabes y africanos, que son menos hostilizados por leyes y decretos que por una actitud social muy generalizada, negándoles vivienda o trabajo. En ese cuadro se inscribe también un tradicional antisemitismo francés, y aunque hoy sería erróneo creer que toda Francia colaboró durante 1940-1944 con los nazis, también sería una ilusión creer la versión contraria de un país volcado a una Resistencia tenaz y noble contra los invasores, como a De Gaulle le habría gustado creer. Ese es el punto que Barbie y su abogado Vergès han amenazado ventilar, dando listas de colaboracionistas o narrando sórdidas anécdotas. A los fusilados y enjuiciados de 1944, a las mujeres rapadas que fueron empujadas por las calles, se agregarían los sobrevivientes que perduraron hasta hoy y que preferirían un manto de olvido general. A ninguno de ellos le gustará que en 1987 se publiquen por ejemplo sus documentos vergonzantes de 1942: un artículo en un viejo periódico, una carta que firmaron, un testimonio judicial o policial, una foto de su antiguo comercio con un ostentoso letrero antisemita. Y aunque muchos de los protagonistas de entonces hayan fallecido, la vergüenza o la necesidad del silencio se ha trasmitido a hijos, yernos o nietos. Todos quisieran beneficiarse del olvido o de alguna inexistente ley de ''obediencia debida''.

Este fenómeno no es exclusivo de Francia, desde luego. En España, tras la muerte de Franco (noviembre 1975), fue frecuente que circulara la acusación sobre el pasado franquista de tal o cual político o funcionario o empresario. En la Argentina, pocos peronistas quieren recordar que Perón ordenó humillar a Jorge Luis Borges (1946) o quemar iglesias (1955). Ningún peronista desearía reconocer en público que José López Rega fue puesto en el poder por Perón desde 1973.

En Francia, esas historias duelen. El extendido antisemitismo de la población francesa tuvo su gran episodio en el caso Dreyfus (1894 a 1906), que dividió al país en dos mitades. Aquello pudo quedar cubierto por el polvo de la historia, porque Dreyfus era inocente, el ejército francés era culpable y los hechos terminaron por aclararse. Pero treinta años después, el adjetivo *dreyfusard* era todavía una expresión de desdén, que se pronunciaba cerca de ''comunista'', ''judío'' y ''traidor''. En la década de 1930-1940, caracterizada por la política socialista de Leon Blum y por un Frente Popular contra el fascismo, se formaron también otras ligas francesas abiertamente fascistas, con grupos conducidos o ideados por Charles Maurras, Marcel Deat y Jacques Doriot; este último había sido comunista y trotskista antes de descubrir al fascismo como ideal. Desde 1940 los tres adhirieron con entusiasmo a la ocupación nazi. En 1942, siete mil voluntarios franceses accedieron a vestir el uniforme alemán y a integrar el batallón Charlemagne, para combatir contra los rusos en el frente oriental. En esos hechos, igual que en los derivados de la Guerra Civil Española (1936-1939), el antisemitismo se mezclaba con el anticomunismo. Para consuelo francés, el revoltijo ideológico no fue su exclusividad, aunque hoy sea gracioso leer que Pierre Laval había sido socialista y que Philippe Pétain fue el adorado héroe en la batalla de Verdún (1916), antecedente sin el cual no habría podido formar su gobierno colaboracionista en 1940. También los norteamericanos utilizaron a anteriores jerarcas nazis como instrumentos antisoviéticos desde 1946, incluyendo a Barbie mismo. Eso enseña que una historia en la que sólo se conjuguen ideologías termina por ser incomprensible si no tiene en cuenta las conveniencias políticas y personales de cada momento. Un dato revelador del constante antisemitismo francés es el curioso hecho de que su industria cinematográfica nunca haya tocado, en ochenta años, el espinoso caso Dreyfus, que en cine sólo apareció en versión alemana (1930), norteamericana (1937) o inglesa (1958). Pese a toda su proclamada independencia creadora frente a las grandes empresas, la Nouvelle Vague francesa nunca tocó tampoco el tema de la ocupación, si se exceptúa la solitaria *Hiroshima mon amour* (Resnais, 1959), que justamente discutía la ''necesidad del olvido''.

En 1983, cuando Barbie fue devuelto a Lyon para su juicio, muchos franceses opinaron que eso sólo serviría para reabrir heridas y para revolver el barro. Lo siguen diciendo aún hoy. Una opinión contraria fue proclamada por el joven filósofo francés Bernard-Henri Lévy, ya caracterizado por su inconformismo: ''Quiero que se revuelva el máximo barro posible. El barro francés nunca fue bastante revuelto. Este es un país que se está sumergiendo y muriendo en un barro sin revolver. El pueblo francés debe enterarse (y aún más si *no quiere* enterarse) y debe escuchar (y aún más si *no quiere* escuchar) que los judíos enviados a las cámaras de gas dieron sus primeros pasos hacia allí entre filas de agentes policiales franceses que habían golpeado sus puertas a la madrugada''.



1944, la Liberación. Una colaboradora con la cabeza rapada es abucheada en las calles de Chartres.



''Nunca hubo tanta gente feliz en las calles de París, tan temprano por la mañana'', apuntó el fotógrafo Robert Capa.

cés en Washington, poseer dato alguno sobre Barbie. Pero entretanto, el CIC u otro organismo similar consiguió para el alemán una documentación falsa a nombre de Klaus Altman, llevándolo después a través de Austria e Italia hasta el puerto de Génova. Allí el nuevo Altman fue embarcado a América con el apoyo del Vaticano, gestión entonces frecuente que fuera documentada después por el coronel James Milano, del mismo CIC. En 1952 y 1954 los tribunales franceses condenaron a Barbie "in absentia".

En Bolivia y durante veinte años Barbie se ocupó de aserraderos, de armamento y de cocaína. También fue asesor de seguridad del general Hugo Banzer, un político de derecha que dio su propio golpe de Estado y en 1971 llegó a presidente. En 1972 su destino cambió por la gestión de Serge Klarsfeld (judío francés) y su esposa Beate Künzel Klarsfeld (alemana pero no judía), un matrimonio empeñado durante años en ajustar cuentas con el Holocausto y sus autores. Tras un estudio de fotografías y otros datos, los Klarsfeld identificaron a Barbie en el presunto Altman, pero el viaje de Beate a Perú y Bolivia, que causó mucha agitación política, no rindió un resultado inmediato. Después Barbie se jactó de su impunidad, pero cuando Hernán Siles Zuazo subió a la presidencia boliviana (noviembre 1982) terminó por concederse su extradición a Francia. Tras la detención en La Paz y una escala en la Guayana francesa, Barbie fue remitido a Europa en febrero de 1983.

A esa altura la legislación francesa daba como prescriptos algunos delitos suyos, por haber transcurrido más de veinte años. Sólo se podía juzgar a Barbie por "crímenes contra la humanidad". Aun con esas limitaciones, la suya fue la más importante captura en el ramo, desde que los israelíes consiguieron secuestrar a Adolf Eichmann en 1960 en la Argentina. Aunque entonces se creyó que 1984 sería "el año de la justicia anunciada", a la justicia francesa le llevó cuatro años la instrucción del proceso que comenzaría en mayo de 1987.

Una culpa casi nacional

La palabra "colaboración", en su acepción más política y francesa, fue utilizada inicialmente por el mariscal Philippe Pétain en un brevísimo discurso durante su única reunión con Hitler (en Montoire, octubre 1940). Durante los cuatro años siguientes, Pétain y Pierre Laval, que fue de varias maneras su segundo hombre, crearon un gobierno que mantuvo cierto margen de autonomía en una mitad del territorio nacional, pero ambos ayudaron también a que la zona norte del país, directamente supervisada por los nazis, conservara cuadros administrativos a cargo de franceses. En uno y otro caso, quienes se prestaron a integrar los cuadros superiores eran "colaboracionistas", dispuestos a entenderse con el conquistador alemán para rehacer y estabilizar la sociedad francesa. Su postulado básico de 1940 era que la superioridad militar alemana conducía a un inevitable Nuevo Orden y que el único futuro francés sería el de acomodarse a esas circunstancias.

Tal convicción llevó a que los propios franceses idearan y aplicaran, a menudo con curioso entusiasmo, las medidas sociales que los nazis querían. El 22 de julio de 1940 un primer decreto francés privó de la ciudadanía nacional a todo judío nacido en el exterior (y esto suponía una multitud, si se recuerda que allí se refugiaban personas ya perseguidas por el nazismo, en otros países desde 1933). En otros decretos de agosto 16, setiembre 10 y octubre 3 se prohibió que los judíos franceses pudieran ejercer la enseñanza, el periodismo o la medicina. En octubre un nuevo decreto autorizó a todos los prefectos del país para que arrestaran e internaran a los judíos extranjeros. A fines de 1940 ya existía un Comisariato para la Cuestión Judía, dirigido por franceses. En setiembre de 1941 se inauguró la exposición *Le juif et la France*, encaminada a crearuna "conciencia pública" sobre la perversidad natural de todo judío, desde el político Leon Blum hasta el filósofo Henri Bergson y hasta el más pequeño comerciante. En julio de 1942, tras un censo en el que se confeccionaron listas con 27.388 nombres judíos, la policía francesa se dividió en 888 comandos y capturó a unas quince mil personas, retenidas en el "Velodrome d'Hiver" y luego enviadas a campos de concentración en Alemania. En esa célebre operación quedaron retenidos 4.051 niños menores de doce años, que después fueron enviados separadamente a hornos crematorios en Alemania. Al detallar años después esas cifras, el historiador Claude Levy agrega que tras la Liberación de 1944 se revisaron las carpetas del Comisariato para la Cuestión Judía. Allí estaban archivadas 137 denuncias firmadas por ciudadanos franceses contra familias judías de su conocimiento.

A esas medidas oficiales francesas hay que sumar aún la obligación de que todo ciudadano judío llevara en su pecho la estrella amarilla de seis puntas, que sus negocios fueran identificados con el letrero "Comercio judío" y que de las librerías se eliminara todo libro escrito por un autor judío, cualesquiera fueran su tema y su fecha. Detrás de esas medidas oficiales existió un afanoso juego de intereses, al alcance de todo francés y de toda francesa. Denunciar que un vecino era judío, o insinuarlo como posible integrante de la Resistencia, pasó a ser la forma práctica de librarse de un competidor comercial, de no pagar ya ningún alquiler al propietario judío o de apoderarse de empresas, Bancos, casas y joyas. Este punto fue después tema central en *Mr. Klein*, una notable película de 1976 (escrita por el italiano Franco Solinas, dirigida por el norteamericano Joseph Losey). Los judíos no volverían del campo de concentración a reclamar sus bienes.

Cuando llegó la Liberación, en 1944, muchos colaboracionistas notorios fueron fusilados y muchas mujeres fueron rapadas y exhibidas en las calles, como humillación a quienes habían sido amantes de militares alemanes. En 1944 toda la conducta colectiva de los cuatro años previos fue tema de ardientes polémicas, sin perjuicio de generar a su vez otras delaciones, ahora contra quienes habían sido pro nazis. Desde entonces, una docena de libros ilustró reiteradamente la crisis moral y política de aquel período. En un nivel superficial, el colaboracionismo pudo expresarse con nombres propios que identificaban a políticos y altos funcionarios, como Pétain, Laval, Fernand de Brinon, Jean Darlan, Marcel Deat, Jacques Doriot, Jean Leguay, René Bousquet, separados a su vez por conflictos internos. Varios de ellos se refugiaron en 1944 en el castillo alemán de Sigmaringen, pero fueron apresados, juzgados y condenados. Aunque Laval terminó fusilado (octubre 1945), Pétain recibió la gracia de que redujeran su condena a prisión perpetua. Murió en 1951, a los 95 años. Al lado de los políticos, el colaboracionismo se expresa también con una larga nómina de escritores y periodistas, necesariamente encabezada por Louis Ferdinand Céline, Pierre Drieu-la-Rochelle, Robert Brasillach, Jean Luchaire, Ramón Fernández, Alphonse de Chateaubriant, que escribieron con abundancia sus ideas nazis y antisemitas. Se expresa con artistas del teatro y del cine, como Maurice Chevalier, Sacha Guitry, Jean Cocteau, Robert Le Vigan, y aunque muchos de esos y otros artistas adujeron después que sólo intentaron sobrevivir en el Nuevo Orden, parece claro que eso no les obligaba a confraternizar abiertamente con los nazis (recepciones en la embajada alemana, funciones de gala en la Opera) ni a tener como amantes a oficiales de las fuerzas ocupantes, como fue comprobado en los historiales de la modista Coco Chanel y de las actrices Arletty y Corinne Luchaire.

En otro nivel más profundo, el colaboracionismo atravesó muchas capas de la sociedad francesa. En mayo 1987, cuando tras larga demora comenzó el juicio a Barbie, los cargos suponían un inventario de tortura, humillación y deportación (a las cámaras de gas) contra franceses resistentes y en especial contra judíos. Esos crímenes suman miles de víctimas, incluyendo también miles de niños cuyo único delito era haber nacido en una familia judía. La inferencia inmediata es que esos miles de víctimas debieron ser previamente denunciados a los nazis por otros franceses, resueltos a cumplir, por convicción o por interés, con lo que entonces creyeron su deber: señalar a los nazis que determinado individuo era judío (aunque procurara ocultarlo) o que en determinado lugar se ocultaba un judío al que se estaba buscando.

Un barro a revolver

Ese es el motivo de que el juicio a Barbie se haya extendido, aun antes de comenzar, a todos los sectores sociales y políticos de la sociedad francesa. Los cables han informado ya la vehemencia con que fueron ahora replanteados los temas del reciente colonialismo francés (en Indochina, en Argelia) y han señalado la constante represión contra los inmigrantes árabes y africanos, que son menos hostilizados por leyes y decretos que por una actitud social muy generalizada, negándoles vivienda o trabajo. En ese cuadro se inscribe también un tradicional antisemitismo francés, y aunque hoy sería erróneo creer que toda Francia colaboró durante 1940-1944 con los nazis, también sería una ilusión creer la versión contraria de un país volcado a una Resistencia tenaz y noble contra los invasores, como a De Gaulle le habría gustado creer. Ese es el punto que Barbie y su abogado Vergès han amenazado ventilar, dando listas de colaboracionistas o narrando sórdidas anécdotas. A los fusilados y enjuiciados de 1944, a las mujeres rapadas que fueron empujadas por las calles, se agregarían los sobrevivientes que perduraron hasta hoy y que preferirían un manto de olvido general. A ninguno de ellos le gustará que en 1987 se publiquen por ejemplo sus documentos vergonzantes de 1942: un artículo en un viejo periódico, una carta que firmaron, un testimonio judicial o policial, una foto de su antiguo comercio con un ostentoso letrero antisemita. Y aunque muchos de los protagonistas de entonces hayan fallecido, la vergüenza o la necesidad del silencio se ha trasmitido a hijos, yernos o nietos. Todos quisieran beneficiarse del olvido o de alguna inexistente ley de "obediencia debida".

Este fenómeno no es exclusivo de Francia, desde luego. En España, tras la muerte de Franco (noviembre 1975), fue frecuente que circulara la acusación sobre el pasado franquista de tal o cual político o funcionario o empresario. En la Argentina, pocos peronistas quieren recordar que Perón ordenó humillar a Jorge Luis Borges (1946) o quemar iglesias (1955). Ningún peronista desearía reconocer en público que José López Rega fue puesto en el poder por Perón desde 1973.

En Francia, esas historias duelen. El extendido antisemitismo de la población francesa tuvo su gran episodio en el caso Dreyfus (1894 a 1906), que dividió al país en dos mitades. Aquello pudo quedar cubierto por el polvo de la historia, porque Dreyfus era inocente, el ejército francés era culpable y los hechos terminaron por aclararse. Pero treinta años después, el adjetivo *dreyfusard* era todavía una expresión de desdén, que se pronunciaba cerca de "comunista", "judío" y "traidor". En la década de 1930-1940, caracterizada por la política socialista de Leon Blum y por un Frente Popular contra el fascismo, se formaron también otras ligas francesas abiertamente fascistas, con grupos conducidos o ideados por Charles Maurras, Marcel Deat y Jacques Doriot; este último había sido comunista y trotskista antes de descubrir al fascismo como ideal. Desde 1940 los tres adhirieron con entusiasmo a la ocupación nazi. En 1942, siete mil voluntarios franceses accedieron a vestir el uniforme alemán y a integrar el batallón Charlemagne, para combatir contra los rusos en el frente oriental. En esos hechos, igual que en los derivados de la Guerra Civil Española (1936-1939), el antisemitismo se mezclaba con el anticomunismo. Para consuelo francés, el revoltijo ideológico no fue su exclusividad, aunque hoy sea gracioso leer que Pierre Laval había sido socialista y que Philippe Pétain fue el adorado héroe en la batalla de Verdún (1916), antecedente sin el cual no habría podido formar su gobierno colaboracionista en 1940. También los norteamericanos utilizaron a anteriores jerarcas nazis como instrumentos antisoviéticos desde 1946, incluyendo a Barbie mismo. Eso enseña que una historia en la que sólo se conjuguen ideologías termina por ser incomprensible si no tiene en cuenta las conveniencias políticas y personales de cada momento. Un dato revelador del constante antisemitismo francés es el curioso hecho de que su industria cinematográfica nunca haya tocado, en ochenta años, el espinoso caso Dreyfus, que en cine sólo apareció en versión alemana (1930), norteamericana (1937) o inglesa (1958). Pese a toda su proclamada independencia creadora frente a las grandes empresas, la Nouvelle Vague francesa nunca tocó tampoco el tema de la ocupación, si se exceptúa la solitaria *Hiroshima mon amour* (Resnais, 1959), que justamente discutía la "necesidad del olvido".

En 1983, cuando Barbie fue devuelto a Lyon para su juicio, muchos franceses opinaron que eso sólo serviría para reabrir heridas y para revolver el barro. Lo siguen diciendo aún hoy. Una opinión contraria fue proclamada por el joven filósofo francés Bernard-Henri Lévy, ya caracterizado por su inconformismo: "Quiero que se revuelva el máximo barro posible. El barro francés nunca fue bastante revuelto. Este es un país que se está sumergiendo y muriendo en un barro sin revolver. El pueblo francés debe enterarse (y aún más si *no quiere* enterarse) y debe escuchar (y aún más si *no quiere* escuchar) que los judíos enviados a las cámaras de gas dieron sus primeros pasos hacia allí entre filas de agentes policiales franceses que habían golpeado sus puertas a la madrugada".

1944, la Liberación. Una colaboradora con la cabeza rapada es abucheada en las calles de Chartres.



"Nunca hubo tanta gente feliz en las calles de París, tan temprano por la mañana", apuntó el fotógrafo Robert Capa:

INFORMATICA

¿La organizática de dáticos?

Usuaria '87 careció de los esplendores de los dos últimos años. La notoria merma de público que desfiló por la exposición denominada INFOTELECOM, y montada dentro de salones del Sheraton y túneles de plástico adosados, también se vio notablemente reducida en su superficie: "Muchas empresas no han venido porque prefieren hacer su propia exposición", comentó un periodista especializado. "A mí me parece bien."

La ausencia notoria, masiva, fue la de aquellas bandadas de adolescentes que en años anteriores taponaban la circulación, hurgaban todo, aceptaban cualquier folleto y se arracimaban en aquellos stands donde tandem de monitores a todo volumen incitaban con una increíble variedad de videojuegos, cuyas copias pirata, en disco o cassette, se vendían como pan caliente mientras en los paneles respectivos los juristas seguían (siguen) discutiendo si un programa para computadora debe estar comprendido bajo el régimen de la propiedad intelectual o el de marcas y patentes.

Pero lo medular volvió a estar apartado de la pasarela donde máquinas y equipos secretamente aspiran al título de Miss Universo de la Computación. Incluso este año bastante alejado, ya que los paneles y conferencias del V° Congreso Nacional de Informática, Teleinformática y Telecomunicaciones buscaron refugio en el primer piso del Plaza Hotel, donde más de cuatro mil inscriptos se distribuyeron durante cinco días en una docena de seminarios que trataron de agotar las particulares relaciones entre informática y gobierno, educación, banca, producción, derecho, cultura y sociedad, inteligencia artificial, América latina, nuevas tecnologías en el sector y en comunicaciones, salud y pequeña y mediana empresa.

Al igual que en ocasiones anteriores, allí fue donde los dilemas fueron sacados a relucir y hasta meneados como buscando la incitación. **Otra vez los presentes fueron un puñado de oídos calificados que no pasaba del centenar por caso y que se llevaron a su casa, de facto, precisamente una de las grandes amenazas actuales de la informática: la concentración de la información en las manos (¿no habrá que empezar a decir en las máquinas?) de unos pocos.** Ausentes de los seminarios, no pueden quedar dudas del apego que tiene nuestra prensa por los cocteles de los actos inaugurales y de clausura, las relaciones públicas y las gacetillas que adelantan los transitados discursos.

La bibliotecaria del INTI (Instituto Nacional de Tecnología Industrial), Cristina Santacapita, aportó cierta cuota de dramatismo cuando en el panel sobre consulta a banco de datos denunció la inminencia de "un nuevo analfabetismo", igual que al que hace siglos atrás dio lugar al surgimiento de los amanuenses "y donde un pequeño grupo puede apropiarse de la mayoría de la información." El toque folklórico en esa actividad fue que la mesa debió constituirse con sensible atraso a la espera de la llegada de un equipo que hiciera la parte práctica, esto es, la conexión y entrada a bancos de datos nacionales y extranjeros para su consulta. Cuando se vio que tal arribo amenazaba con hacer perder no sólo el turno en el salón sino incluso en la actual etapa tecnológica, se decidió realizarla a todo trance, pero a poco de empezar hubo que suspenderla e improvisar un entretiempo de 15 minutos porque el procesador y sus periféricos hicieron por fin su arribo. Cumplimentada la conexión e interconexión de la parafernalia de cables que tiene un computador y su cohorte, a uno de los encargados de la parte física, digamos, en oposición a los señores trajeados que observaban todo con ojo conocedor, fue que se le ocurrió preguntar en voz alta: "¿Y el programa?", refiriéndose al software, exactamente a la parte sin la cual un ordenador es una máquina idiota que sólo hace titilar un puntito luminoso. El programa nunca apareció.

El panel tuvo que continuar con teoría y estoicismo, pero sin ejemplos. Paulina Frenkel se encargó de hacernos conocer que en la Argentina tenemos 35 bases de datos ya en funcionamiento, 19 en desarrollo y 7 en etapa de proyecto; la mayoría de las nombradas en primer término carece de acceso vía telefónica y buena parte de ellas está dedicada a la ingeniería, las ciencias exactas y sociales, "aunque esto último pueda parecer raro", acotó.



Este año los adolescentes no abarrotaron los stands de la INFOTELECOM que ofrecían copias pirata de videojuegos. Pasada la fiebre de la novedad muchos equipos domésticos de computación han ido a parar al ropero. Pero más alarmante aún es que seguimos siendo un país peligroso y sugestivamente desinformado, que corre el riesgo de informatizar la ineficiencia.

En líneas generales, tanto en forma explícita como en una segunda lectura muy a flor de piel, lo que campeó críticamente por todo el congreso fue la conciencia de que somos un país desinformado. Peligrosa y sugestivamente desinformado, quizá se debería agregar. Refiriéndose a este particular, el periodista Alberto Flaks, quien conduce un programa especializado por radio Splendid, señaló que entre nosotros "la informática aprendió y sin embargo no enseñó, no sabe comunicar qué es, de qué se trata y por eso hay tantos que no saben." El editor Simón Pristupín, de *Mundo Informático*, quien continúa sin desistir del propósito de escribir un libro sobre la inveterada desinformación que nos aqueja, fue más duro todavía: "El mercado no entiende mucho", dijo, refiriéndose a la necesidad de llegar, de hacerse conocer. "Los periodistas de este medio vivimos angustiosamente el drama entre decir la verdad y seguir teniendo avisos."

Indudablemente, la inexistencia de un software nacional desarrollado centra todo en la aparición, nuevas bondades y beldades de las "maquinitas". **Para colmo, esos por lo menos 300 mil integrantes de nuestra Clase Media Ilustrada que entre fines de 1983 y 1985 se abalanzaron a comprar cuanta computadora hogareña encontraran a su paso, y cuanto más cara mejor, luego de trajinar sus intelectos en cursos todavía más inútiles, han implementado un silencioso repliegue de aquella ilusión con que creyeron que compraban el futuro: guardaron todo en el placard, bien cubierto de plástico por la humedad y a mano por las dudas, no vaya a ser cosa que las campañas que publicitan el porvenir vuelvan a tocar a rebato en cualquier momento.**

Como entre nosotros lo insólito siempre tiene lugar y no falta quien inmediatamente lo ideologiza, lo que está sucediendo, otra vez con retraso, como réplica del estornudo en las metrópolis, es que los miniordenadores o computadoras hogareñas han dejado prácticamente de tener razón de ser. Entendámonos: *allá* han dejado de tener. La aparición en el mercado norteamericano de computadores personales (o PC, según la jerga en boga, por *Personal Computer*) a precios más que competitivos y con una capacidad, bondades y software, empalidecen la sola intención de ahorrarse unos pocos dólares y adquirir una cacharrita doméstica. Por supuesto, esto fue notable en la INFOTELECOM de este año; los pequeños equipos, accesibles a una más amplia franja de público, virtualmente desaparecieron.

A todo esto, las resistencias a la cada vez más amplia presencia de la informática en la vida cotidiana, cuenta con gloriosas resistencias, la mayoría de ellas encubierta hasta con elocuentes pátinas de humanismo. En dependencias municipales, por ejemplo, escudándose en la ordenanza o disposición que en nuestro país jamás falta (por el contrario, sobran), no se permite la presentación de planos que hayan sido hechos con un trazador que obedeció las instrucciones de una computadora. No son pocos los jueces que rechazan los pocos escritos de los abogados que se compraron un equipo; al decir de estos magistrados, llegados a ese punto de la escala social luego de haber recibido la máxima educación en la especialidad que una comunidad puede darle a algunos de sus integrantes, "la tipografía con matriz de puntos de las impresoras computadas es de difícil legibilidad". La cuota de aceptación del progreso en casi todos los juzgados del país llega hasta demandas, querellas y defensas pergeñadas con IBM a bolita.

"El último adelanto tecnológico que ingresó a la Justicia fue la máquina de escribir", ironizaron, con bastante crudeza, funcionarios de la Subsecretaría de Justicia de la Nación y del propio Poder Judicial en un panel sobre el tema. "Eso, en materia de tecnología pura, porque en lo que hace a técnicas de administración de justicia nada ha cambiado desde Justiniano, cuando era para unos pocos. En las circunstancias actuales, la difusión de los derechos y los medios de comunicación hacen que sea cada vez más un hecho de masas. Las computadoras solas no van a servir de nada si no cambiamos la administración de la justicia."

Desde diferentes especialidades y temáticas, el punto de divisoria de las aguas entre las nuevas tecnologías y realidad nacional fue no sólo plantearse el dilema si dosis abundantes y endovenosas de informática pueden poner algún remedio, si ya tiene una respuesta categórica, si no hasta dónde la imparable presencia de la "máquina" no puede llegar a cumplir la noble tarea de apagar el incendio con nafta.

"¿No estaremos por informatizar la ineficiencia?", resumió la licenciada Nélida Lugo, de la Subsecretaría de Informática y Desarrollo de la Nación. El arquitecto Briant Thompson, a cargo del Registro Automático de Datos en una de las comisiones para el traslado de la capital, fue el que llevó las cosas más al fondo: "La informática es necesaria, pero está lejos de ser suficiente. Si no se entiende que se tienen que hacer cambios profundos y que la aplicación de las nuevas tecnologías tienen que servir para instrumentar esos cambios y esa nueva realidad, lo único que se va a lograr es crear caos o, en todo caso, agregar más caos al ya existente. Me acuerdo que hará cosa de veinte años, tal vez debido a la formación artística que uno sufrió, cuando nos preguntaban de qué se trataba esto de la informática, nosotros contestábamos que era la **organizática de dáticos.** Hoy la realidad nos muestra que en muchos casos no deja de ser eso y que puede llegar a ser peor."

Horacio Paone